

D. Completas  
tomo VIII.



## DE RELACIONES HISPANO-AMERICANAS

(Para LA NACION)

MADRID, diciembre de 1915.

Os decía, lectores, que en la sesión inaugural del Ateneo de Madrid, celebrada el 23 del mes de noviembre, su presidente, D. Rafael María de Labra, disertó sobre lo necesario que nos es a los españoles estrechar los lazos económicos, políticos y culturales entre España y las naciones americanas de lengua española.

Casi todos, así lo creo, tendréis alguna noticia de D. Rafael María de Labra, tan larga y tan constante ha sido su labor de publicista. Es difícil que haya en España una docena de hombres que hayan escrito más que él. En laboriosidad no hay acaso quien le supere, y es ésta una cualidad que conviene exaltar en esta tierra de holgazanes donde tantos vivos ingenios se malogran por haraganería. Aquí hay muchos jóvenes que estudian para no estudiar, para no tener que estudiar mañana. Se matan a estudiar, venciendo una terrible repugnancia, para obtener una plaza, un empleo, y luego exclaman «¡gracias a Dios, que ya no tengo que abrir un solo libro!» Y esto lo hacen hasta catedráticos. Bien es verdad que nuestros sistemas de oposiciones invitan a ello.

El Sr. Labra es uno de los ejemplos de laboriosidad, de constancia, de fe en la propaganda que puede mejor presentarse a nuestros jóvenes. Publica libro tras libro, memoria tras memoria, opúsculo tras opúsculo, sin que le arredre la indiferencia general con que aquí se acoge tales trabajos. Es un hombre que cree en la propaganda y todo el que tiene alguna fe tiene una fuerza. Y la de D. Rafael está a prueba de desengaños. Conforta el ánimo. Ver en ese anciano producirse desde la tribuna como se producía en ella hace treinta, hace cuarenta años, e insistir, insistir, insistir. Porque Labra es de los que insisten. Cuando oigo decir a alguien «¡Bah! yo no voy a oír a Labra, será su discurso el que le he oído ya otras veces», se me ocurre siempre que cuando las gentes no se enteran a la primera o no hacen caso a lo que se les dice es menester repetirles. La repetición es el más eficaz de los tópicos.

Labra, que nació en las Antillas y fué diputado por una de aquellas nuestras colonias de un tiempo, fué uno de los más activos y constantes abogados de la abolición de la esclavitud. Como antiesclavista es como se dió primero a conocer. Y luego, militando siempre en el partido republicano, ha tomado parte en todas nuestras campañas políticas. Antiguo y experimentado parlamentario, senador por sociedades económicas de amigos del país, ha gastado su vida en conferencias y en la labor del publicismo. Y como americano que es, le han interesado muy particularmente los problemas del acercamiento de España a las naciones americanas de lengua española. Es uno de los puntales de lo que aquí se llama la Unión Ibero-americana. Ahora, que yo creo muy poco en la eficacia de es-

ta asociación.

Voy también a insistir en lo que he dicho otras veces porque me precio de ser uno de los más insistentes escritores. No tengo yo la culpa de que haya cosas de que las gentes no quieran enterarse.

Ese de la Unión Ibero-americana, del estrechamiento de lazos entre las naciones todas de lengua española, incluso España, no es aquí para muchos otra cosa que un tópico más de retórica. En el fondo, a nuestros hombres públicos, y sobre todo a los políticos, no les interesan las cosas de la América española. Apenas saben nada de su historia, ni de su geografía. El único fenómeno de nuestras relaciones en el que alguna vez se han fijado, y no mucho tampoco, es el de la emigración.

Labra hizo el otro día en su discurso, una excursión histórica a través de las relaciones de España con la América que antaño fué su colonia, desde los tiempos de la guerra de emancipación, hace ya un siglo. No falló, como era de esperar, el recuerdo del apoyo que prestó España a los Estados Unidos de la América del Norte, cuando, antes de esa época, se declararon independientes. Y la alusión, sobrado ingenua, a la actitud de Europa cuando nuestra guerra con los Estados Unidos, en 1898, actitud que se ve ahora muy justificada, aunque «a posteriori», por la que España observa en el conflicto europeo. Y no es que esta actitud actual de España sea consecuencia de la que entonces observó Europa con España, sino que ya por entonces vivía nuestra patria encerrada en una absurda neutralidad y en un positivo aislamiento.

Hubo algo en el discurso del señor Labra que acaso hubiera sido mejor callarlo y es que repitió tres o cuatro veces que en España no se abriga la menor veleidad de recobrar lo que en América se perdió, ni de ejercer ningún género de hegemonía. Eso no debe decirse. Y no debe decirse como no se debe decir que aquí nadie sueña hoy en que nuestra patria ejerza en Europa la hegemonía que ejerciera en ella en tiempos del emperador Carlos I de España y V de Alemania. Decir que hoy en España nadie piensa en que ésta ejerza hegemonía alguna en la América de lengua española o en parte de ella, es como decir que nadie piensa en que la ejerza en el Rosellón o en Flandes o en Nápoles. Es algo que debe callarse y el decirlo es tan ingenuo como si yo dijese, por ejemplo, que no aspiro al trono de Albania.

Pero hay otra hegemonía en que sí sueñan algunos ilusos, y es hegemonía espiritual o cultural o siquiera lingüística. Y es que han tomado al pie de la letra lo de hermana mayor, como si entre las naciones rigiese lo de la edad y el mayorazgo. Es peligroso abusar de estas metáforas, que no son otra cosa, de naciones y lenguas madres e hijas y hermanas. A tal respecto, recuerdo siempre lo que le dije a uno que hablándome de Cuba se refería a que nuestros abuelos descubrieron, conquistaron y poblaron aquello y es que hubo de decirle: ¿nuestros abuelos? ¡Jos de ellos!

Hay cosas de esto que siendo, como



son, muy claras, es sin embargo muy difícil hacerlas entender a mucha gente. Ayer, sin ir más lejos, me llamaban en el Ateneo a que decidiese una discusión que en una tertulia se había suscitado sobre cuál era la lengua más antigua, si el castellano o el catalán. Y les dije lo que es obvio y es que una lengua no nace en un día y a una hora dada, como un hombre, y que si se supone que se hablaba ya catalán en Cataluña en tal o cual siglo, sea el IX o el X o el XI, cabe preguntar: ¿y entonces, en Castilla, qué hablaban? ¿latín? y el latín es ya el mismo castellano en vías de desarrollo. Si el castellano y el catalán se diversificaron y distanciaron a partir del latín, su forma común más antigua, preguntar cuál de ellos se diversificó o apartó primero, es como preguntar cuando se separaron dos hombres, que iban juntos. Pedro

y Juan, cuál fue el que se separó primero del otro, si Pedro de Juan o Juan de Pedro.

Y aunque parezca forzar la comparación, es lo que pasa, en el respecto lingüístico, entre España y la América de lengua española. Sólo que aquí la visión clara de la esencia del fenómeno está oscurecida por el aspecto geográfico, por eso de que el español se quede en España y el colonizador y el emigrante se vayan a América. Pero si alguien dice, en el respecto lingüístico, que las hablas de la América española se van distanciando del habla española—lo que no es tanto como se cree—cabe replicar que lo mismo puede decirse que es el español hablado en España el que se distancia. ¿Por qué hemos de tomar como tipo de normalidad el habla hablada en la región en que primero se habló su forma más antigua? Y esto que pasa con la lengua pasa con casi todo lo demás.

El único modo de hacer que los pueblos americanos de lengua española, acudan a buscar elementos en nuestra cultura, es cultivar ésta. Si tenemos ciencia y arte ya acudirán a aprender de esta ciencia y de este arte y si no los tenemos o no los renovamos, de nada sirve hablar de lazos de sangre.

Pero lo triste es que aquí casi nadie piensa en una verdadera reciprocidad. Yo vivo principalmente entre gente de letras, poetas, novelistas, periodistas, publicistas, y sé lo que piensan de América. Es para ellos un mercado y poco más. Del movimiento científico, literario y artístico de América, apenas saben nada. Ni quieren saber. No conocen de esos países más que las obras de aquellos que se han preocupado de darse a conocer, que se han hecho así mismos propaganda. Ayer mismo acudí a la biblioteca del Ateneo, a ver qué obras literarias y científicas argentinas había en ella y me encontré con una lamentable penuria. Las más de ellas eran donativos de sus autores, en general de intelectuales argentinos que han pasado por España y por el Ateneo de Madrid y han hablado en él. Así, por ejemplo, figuran como donativo dos obras de Ricardo Rojas, «El alma española» y «El país de la selva», y

nada más de este escritor tan merecedor de que se le conozca; pero es que Rojas dió una conferencia en el Ateneo de Madrid, y precisamente, necesitando para ella el «Facundo», tuvo que pedirme, a Salamanca, mi ejemplar, porque no encontraba en Madrid ni uno solo! Hoy, sí, hoy hay ya en la biblioteca del Ateneo dos obras de Sarmiento, el «Facundo» y los «Recuerdos de provincia», en las ediciones económicas de «La Nación».

¡Y ya han tardado en traer estas dos obras, y no más que esas dos de Sarmiento! Hace años que pedí yo que se trajesen sus obras todas. Ya están, por fin, esas dos, aunque sospecho que nadie las leerá. En cambio, no figura en el catálogo nada de Mitre, ni la Historia de Vicente Fidel López, ni de Alberdi, más que la «Organización política y económica de la Confederación Argentina», edición de 1856. No hay casi nada ni de escritores argentinos antiguos ni modernos. Nada de Joaquín V. González, nada de Groussac, nada de Lugones. ¡Ni la «Amalia» de Mármol siquiera! Miré también obras de chilenos y me ocurrió lo mismo. Y pienso proseguir mi rebusca por lo que hace a escritores de otras naciones americanas. ¡Con decir que ni la «Vida de Bolívar», de Larrázabal figura allí! Y es, no hay

que darle vueltas, que a nuestros intelectuales estudiosos españoles las cosas de la América española no les interesan ni mucho ni poco.

«¿Es que hay algo americano que se pueda leer?»—me ha preguntado más de uno.—Y siempre contesto, ya lo sabéis, lo mismo y es esto: «sí se puede leer algo, pero no de amena y vaga literatura; se puede leer libros de historia, de política, de derecho, de ciencia.» Y no son pocos los que se sorprenden al oírme hablar así porque la idea corriente que aquí hay respecto a la América española es la misma que hay respecto a Andalucía, y es creerlos países de imaginación viva, de fantasía, de rimadores, pero no de gente seria y con aptitudes para el cultivo de la ciencia. Y a mí me ocurre todo lo contrario. No he logrado todavía convencerme de eso de la imaginación andaluza, ni veo bajo la fecundia de sus oradores y versificadores y noveladores una fuerte potencia artística, pero, en cambio, creo en la eficacia de sus abogados, de sus juristas, de sus hombres de negocios y hasta de sus hombres de ciencia. Antes espero que brote de Andalucía un buen filósofo, sagaz y sutil, de mente fría y penetrante, que no un gran poeta, un poeta de pasión y fuego. Con singular acierto Manuel Machado, sevillano y poeta, ha dicho de la escuela literaria sevillana que es «fina y fría». El andaluz piensa con singular lucidez y claridad, y cuando logra librarse de la holgazanería, es un investigador científico muy eficaz. Le pasa algo como al napolitano, de quien dice uno de ellos, y hoy el más ilustre, que es el gran filósofo Benedetto Croce, que tienen más aptitudes para la ciencia que para el arte y la poe-



sía. Son mejores críticos que poetas. ¿Y no le ocurre acaso al sudamericano lo que al andaluz?

Lo que conozco de ciencia, de pedagogía, de política, de derecho, de historia americanos es menos imaginativo y menos fantástico que lo español, es menos literario, en el mal sentido de esta palabra. Todo lo contrario de lo que aquí se cree.

Mucho de ese que creo error de estimación proviene de que se confunde lo de naciones nuevas con lo de pueblos nuevos por una parte y por otra de que se cree que los supuestos pueblos nuevos, son menos reflexivos y más imaginativos que los supuestos viejos, como se supone, también erróneamente, que el niño tiene más imaginación que el adulto. No, el niño no tiene más imaginación que el adulto porque no es tener más imaginación no saber distinguir tan claramente lo que se sueña de lo que se percibe, la ficción que se nos impone y la realidad. Y por otra parte ¿cabe hablar de naciones jóvenes o nuevas refiriéndose a las americanas, pues la que más cuenta poco más de un siglo como nación independiente, pero pueblos nuevos? ¿Qué quiere decir eso de pueblos nuevos? ¿Y la vida civil, política, de esas naciones, qué es más que una continuación, en otro continente, de la vida civil histórica de los pueblos europeos? ¿Es que la civilización americana es otra cosa que la civilización europea?

De ahí el error de que no tengamos nada que aprender los españoles de la experiencia política y social de las naciones americanas. Yo creo, por el contrario, que la historia de esas naciones, de la República Argentina, por ejemplo, que es una de las que mejor conozco, es una de las mejores introducciones al estudio de nuestra propia historia. Pero no veo que aquí se interese nadie por ese estudio.

En su discurso indicó el Sr. Labra la conveniencia de traer profesores americanos a que nos den aquí cursos sobre materias de sus respectivos países: geografía, historia natural, etnografía, derecho, historia, economía, etc. Buena falta hace.

Pero ahora todo parece aquí supe-  
tado al destino de la guerra. «¡Hay que esperar a que acabe la guerra!» se oye a todas horas. Es algo apocalíptico. Hay quienes creen que acabada la guerra todo va a tomar, como por arte de magia, un nuevo rumbo, y ello sirve a la vez para encubrir la holgazanería de no pocos. Y aquí se está formando la opinión de que a España le aguardan nuevos y más grandes destinos después de hecha la paz. Hay la creencia de que España y los países americanos de lengua española van a ser el principal campo de acción de los esfuerzos y trabajos de los pueblos que hoy pelean. «Sea cual fuere el resultado de la guerra y sea de quien fuere la victoria, si la hay—se oye decir—los alemanes no podrán trabajar como hasta aquí lo hicieron en los países contra los que hoy están en guerra; no se

puede pensar en empresas alemanas, industriales o mercantiles, en Francia, Rusia, Bélgica, Inglaterra ni aun en Italia, y ¿adonde han de dirigirse?» Ya hay quien predice que nos va a inundar la inmigración alemana. Y los otros les disputarán el campo. Añádese que nunca se ha estudiado tanto

como ahora y con tanto ahinco la lengua española, aunque no sea sino con propósitos mercantiles. Pero tras del comercio viene lo demás.

¿Cómo nos preparamos a esa perspectiva? Nada diré de la preparación económica, industrial o mercantil, porque no sé bastante de ello, pero en el respecto que me es menos desconocido y es el cultural, el de las letras y el arte y la ciencia y la pedagogía, puedo decir que no se ve bien el esfuerzo hacia una mayor universalidad. Que es lo que hace falta.

Sería una locura que en España se creyese ganarse una mayor adhesión y una mayor atención y un mayor respeto de parte de la América española cultivando una ciencia, una literatura y un arte con vista a ella, a esa América. Escribir, por ejemplo, un escritor español libros «para» los americanos me parece un mal camino. Lo que hay que hacer es escribir para todos, con un sentido de mayor universalidad. Sólo cuando el español piense y escriba para todo el mundo, para los de hoy y los de mañana, logrará interesar a los americanos y a los que no lo son. Nuestro nacionalismo es regionalista, sentimos a nuestra nación como a región—y ésta, su capital, Madrid, es una gran aldea, una cabeza de distrito—y nuestra producción literaria se resiente en general, de provincialismo. Y no porque trate asuntos provincianos o regionales sino por el modo de tratarlos. Pretender que hemos de interesar a los americanos porque hablan la misma lengua de nosotros desentendiéndonos de lo que interesa a Europa es la mayor locura. Es decir que un escritor español no puede ser leído y estimado y estudiado en la América de lengua española, sino cuando mereco ser traducida a otra lengua europea, cuando puede interesar en Francia, Italia, Alemania, Rusia o Inglaterra. Claro está que hay la ventaja de que para que se nos lea en la América española no necesitamos ser traducidos. Pero, ¿es esto tan verdad como a primera vista parece?

No me refiero, naturalmente, a la traducción literal, a la de la lengua. ¿Pero no hay escritos y discursos españoles que aunque perfectamente inteligibles en el respecto de la lengua





4-154

Del otro lado del Atlántico, suenen allá a cosa más extraña que cualquiera otra traducida de otra lengua europea? Escritores y oradores que suscitan aquí controversias públicas si se trasladaran a esa otra banda dejarían fría a la gente, hablándoles de problemas que allí no lo son. No importa que se nos censure. A mí, por ejemplo, personalmente, me importa muy poco que haya quienes me censuren de ese lado del mar y hasta que me nieguen toda inteligencia y competencia. Lo malo es que en absoluto no se nos haga caso. Mientras se nos discute y censure y provoquemos juicios encontrados todo va bien. Lo malo es cuando les hablamos de cosas que en absoluto no les interesan y no logramos interesarles en ellas.

Llevo años ya, por mi parte, colaborando asiduamente en este diario, y sé he logrado tener algún público en esa parte de América y veo que se discute a las veces mis opiniones y recibo cartas sobre ellas; creo que se debe a que nunca me he preocupado de lo que algunos mentecatos llaman aquí, ponerse al alcance de los americanos (¡qué petulancia!) He tendido a la mayor universalidad, tratando las cuestiones que trataría si escribiese en alguna publicación europea, y como allí las trataría. A lo que me ha ayudado, sin duda alguna, el vivir en mi retiro de Salamanca y no en esta gran aldea de Madrid. Porque allí, en mi rincón salmantino, me comunico mejor con el mundo todo que aquí, en Madrid. La pequeña realidad exclusiva española no me ahoga. No me obscurece y enturbia la consideración de un problema universal, el comentario del último estreno teatral, de la última sesión parlamentaria, del último escándalo del «demi-monde», de la última crónica del cronista de moda.

Y he aquí por qué creo que así como en provincias hay más que en Madrid quienes viven en comunicación espiritual con el mundo europeo, aunque sean unos solitarios, así en provincias hay más gente que en Madrid que esté en relación espiritual con la América española. La biblioteca española donde he encontrado más publicaciones americanas es la biblioteca de la universidad de Santiago de Compostela. Cierlo es que Galicia es lo más cercano, espiritual y materialmente, de América.

Muchas veces se ha hablado aquí de las consecuencias de que este Madrid, la capital de España, está tan lejos de la costa, sea tan tierra adentro. Es la capital española más lejana del mar. Y esto la pone, materialmente también, la más lejana de América. Y ello tiene sus consecuencias. Para esta gran capital de la Mancha la América está muy lejos. Nada americano puede llegar a ser aquí popular. Y el pueblo de Madrid influye en el gobierno español. ¿Conseguirá D. Rafael María de Labra, presidente del Ateneo de Madrid, que este Ateneo se interese por los problemas hispano-americanos? ¿Conseguirá siquiera que sus socios se pongan a leer obras americanas?

MIGUEL DE UNAMUNO.

UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES